

MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

INFORME FINAL

EL CUERPO EN LUGARES DE ENCIERRO

JOHN FABER AMAYA MARTÍNEZ

Asesor:

Dr. JAIME ALBERTO PINEDA MUÑOZ

2015

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: Caminamos en la penumbra	3
PRIMER MOMENTO: Por los lugares de encierro	6
SEGUNDO MOMENTO: De los desamparados.....	18
TERCER MOMENTO: De los estereotipados	28
CUARTO MOMENTO: De los victimizados.....	42
REFLEXIÓN FINAL: Caminamos en el penumbra por los lugares del encierro de los desamparados, los estereotipados y los victimizados	53
BIBLIOGRAFÍA	57

INTRODUCCIÓN:

Caminamos en la penumbra

Este escrito indaga por los cuerpos inmersos en otras formas de encierro que trascienden los barrotes físicos, los sistemas carcelarios y los sitios que han sido construidos para reacondicionar a los “anormales”, a quienes incumplen la “sanción normalizadora” y la “vigilancia jerárquica”.

Es por ello que pretendo describir otros lugares de encierro que se revelan como *heterotopías disciplinarias*, ocultos sutilmente en la cotidianidad, en nuestro diario caminar y sobre los cuales pocas veces reflexionamos, porque las relaciones de poder en las que nos hallamos inmersos y las tecnologías que las ponen en funcionamiento, han adecuado nuestras miradas hacia la naturalización de sus condiciones de existencia en las sociedades de la normalización.

Caminamos en la penumbra frente a la vida misma, la nuestra y la de los otros; somos temerosos de dar un paso al frente porque hemos aprendido que la luz de las relaciones legitimadas por los mecanismos de poder, la compulsiva heteronormatividad, generan más seguridad que la aventura frente a lo desconocido, frente a los ocultamientos sutiles y capilares del poder.

Yo quiero aventurarme a un caminar inestable, quiero caminar como aquel que abre los ojos a una nueva sensación, que corre presuroso a descubrir la extrañeza, la fisura, la grieta que se muestra ante sus ojos.

Pero mis ojos aún se encuentran adoloridos, la oscuridad en la que mi mirada fue producida y a la vez gubernamentalizada, evitó por muchos años que lograra comprender esos otros encierros en los que habita el cuerpo. Mis ojos han sido ciegos frente al encierro y la multiplicidad de mecanismos producidos en esta época, más allá de los grandes centros de encierro, que después de Foucault, vemos con mayor claridad. Los lugares del encierro se me han multiplicado, y en este escrito intento comprenderlos, nombrarlos, tomarlos en consideración.

Esta multitud la he encontrado en la fotografía. He mirado el encierro a través de ella y, más allá de una semiología, he interactuando con los dispositivos que producen a los cuerpos allí sujetos. Para comprender estos cuerpos en otros encierros tuve en cuenta tres trabajos

fotográficos: Lee Jeffries (Inglaterra), Cindy Sherman (Estados Unidos) y Álvaro Cardona (Colombia).

Este escrito se encuentra dividido en cuatro momentos. En el primer momento, *por los lugares de encierro*, hago una reflexión trasegando inicialmente por el mundo de las utopías y de las distopías; viajo a través de sus paisajes, buscando mostrar cómo se construyen los cuerpos en dichos mundos y cómo sufren una metamorfosis para desembocar en lugares de encierro.

Al recorrer estos paisajes, pienso en aquellos cuerpos que allí se encuentran inmersos e intento comprender los dispositivos que los revisten. Finalizo mi reflexión, tejiendo la escritura en torno a estos lugares heterotópicos que se despliegan como momentos: *los desamparados, los estereotipados y los victimizados*. Aquí pretendo mostrar algunas formas de encierro del cuerpo desde la imagen captada por estos fotógrafos.

Mis pasos son ahora más seguros, siento que mediante el corto camino emprendido, puede abrir espacio a otras instancias de reflexión a las que la línea de *investigación jóvenes, culturas y poderes* tienen mucho que aportar desde uno de sus objetivos y donde está inmersa mi investigación: ***“Comprender el cuerpo en los lugares del encierro que se revelan en el registro fotográfico del desamparo, el estereotipo y la victimización”***. Estos cuerpos expresan una forma de corporeidad encerrada, pero a veces imperceptible, porque ha sido naturalizada.

PRIMER MOMENTO:

Por los lugares del encierro

He aprendido a lo largo de mi vida que mi cuerpo y el cuerpo de los otros es producido por diferentes dispositivos de poder que se ejercen a través de tecnologías disciplinarias, al igual que he aprendido que la forma como leo esos cuerpos también responde a las docilidades y utilidades que dichos mecanismos exigen históricamente. Desde esta perspectiva y a partir de múltiples lecturas, encontré dos mundos en los que el cuerpo es producido y al mismo tiempo es encerrado, mundos que articulan estos mecanismos y disponen tramas de poder diferenciadas: el mundo utópico y el mundo distópico.

Quiero iniciar esta reflexión sobre cuerpos en lugares de encierro, trasegando por el mundo de las utopías y de sus paisajes.

La palabra utopía se deriva del griego “οὐ” que significa negación y “τοπία”, que significa “lugar”; en otras palabras, “lugar que no existe”; por ende, es un mundo idealizado, un mundo pensado en abstracto, intangible pero pensable.

Tomás Moro en su libro Utopía (1516 [2013]) (*Libellus... De optimo reipublicae statu, deque nova insula Vtopiae*) hace referencia al anhelo de los hombres por construir un mundo perfecto, un espacio “*donde todas las cosas son comunes a todos, no se teme que a ningún hombre le falte lo necesario para su uso particular, pues los almacenes públicos y graneros están lo suficientemente provistos, ya que allí nada se distribuye de manera mezquina ni hay ningún pobre ni mendigo. Y aunque nadie tiene nada, todos son ricos*” (162). Allí surge la utopía, en el deseo del hombre por construir una sociedad perfecta; en el anhelo de transformar un mundo ideal en una realidad física, en un espacio tangible caracterizado por la armonía y la igualdad, donde nada es privado.

Utopía es un espacio pensado para todos, un territorio fértil y dotado de las mejores condiciones para habitar, cuyos mecanismos permitirán la consolidación de una sociedad caracterizada por la armonía y el “buen vivir”. Cada espacio tiene un fin, una razón de ser, está pensado de forma milimétrica como quien construye una maqueta de cuya exactitud depende la vida misma; es por eso que su arquitecto se esmera en ubicar estratégicamente cada estructura y asignar a cada cuerpo un lugar:

Hay en la isla cincuenta y cuatro grandes y bellas ciudades o capitales de condado, afines todas en lengua, costumbres, instituciones y leyes... (Amarouta) se considera como la ciudad principal. Los límites y fronteras de los condados están tan eficazmente determinados y regulados para las ciudades que ninguna de ellas tiene por ningún lado menos de veinte millas de territorio... ninguna de las ciudades desea extender los límites y fronteras de sus condados"... Y complementa el autor, "Las calles están trazadas y dispuestas de manera muy adecuada y bella, tanto para el tránsito como para protegerse de los vientos. Las casas son de bella y suntuosa construcción y se yerguen juntas a un costado en una larga fila a lo largo de toda la calle, sin ninguna división o separación... en la parte de atrás de las casas, a lo largo de la calles, hay amplios jardines circundados en todo su contorno por las partes traseras de las calles. Todas las casas tienen dos puertas, una a la calle y la otra posterior que da al jardín. Estas puertas están hechas con dos hojas, nunca se cierran con llave ni se les echa cerrojo... quien quiera puede entrar, pues no hay nada dentro de las casas que sea privado o propiedad de alguien (MORO 2013, 81-85).

Imagino caminar por sus calles, intento sentir el viento tocando mi rostro, pero no puedo; el espacio ha sido tan perfectamente elaborado que me lo impide; quiero adaptarme a la perfección de la Isla, entrar y salir por las puertas que para cada fin han sido diseñadas, pero no puedo, siento que en estos espacios de perfección algo se esconde, siento que la puerta de entrada no conduce sólo a la casa; siento escaramuza; algo me ocurre al pensar en la posibilidad de ser parte de este escenario perfecto. Una sensación extraña me embarga al pensar que las puertas jamás se cierran, que todos podemos conocer lo que el otro hace. Siento miedo; estas calles ocultan algo, ocultan lo que todos vemos; el control de un espacio que no es físico, un espacio que queda intangible en medio de las armoniosas casas y calles de la Isla Utopía.

Los paisajes utópicos son la maqueta perfecta en la cual sólo resta añadir un elemento más, los hombres dispuestos a vivir en ellos. ¿Quiénes hacen parte de estos paisajes? ¿Cómo se llega a ellos? ¿Es acaso un tema de libre elección? ¿Pueden los hombres inmersos en mundos utópicos decidir no habitar ahí?

Recorrer espacios invita a pensar en aquellos que lo habitan, a tratar de comprender un habitar humano cargado de vida. La idea que ofrece un paisaje utópico en términos de armonía funciona mejor desde el ámbito ideológico, pero a partir del momento en que esa idea de *todos*

iguales, bajo las mismas condiciones, también surgen aspectos que afectan la individualidad y la libertad en función de lo social y lo comunitario.

¿Cómo lograr un mundo perfecto ante la evidente imperfección de quienes lo habitan? Es ahí donde las utopías, a través de sus ideales y de sus paisajes adquieren un aspecto confuso y contradictorio; el hombre, desde su carácter volátil e indescifrable, resulta, en ocasiones, difícil de encuadrar en un paisaje utópico, difícil de homogenizar. Pero el ideal debe seguir, el arquitecto de la maqueta utópica ha dedicado mucho tiempo en su elaboración para abandonarla de repente, por eso se empeña en lograr que los hombres se adapten y, para que lo hagan y mientras lo hacen, es necesario implantar mecanismos de control, tecnologías disciplinarias, límites y restricciones, sanciones normalizadoras.

A partir de este momento, desde la aparición de las ansias de control sobre todo cuanto existe, incluyendo la vida misma, es cuando se transforma la palabra *utopía* para convertirse en *distopía*, noción que está bien presentada en la literatura, en paisajes narrativos que requieren de mecanismos de control y de regulación para lograr que todos los miembros de una sociedad se identifiquen con ellos y los cumplan.

Son varios los casos que se pueden citar: Un mundo feliz (Huxley Aldous), Fahrenheit 451 (Bradbury Ray), Nosotros (Zamiatin Yevgeni), 1984 (Orwell George). Cada una de estas obras literarias, desde lenguajes diversos, nos presenta una nueva forma de distribución del cuerpo y configuración de los lugares del encierro para preservar el ideal establecido y las formas de domesticación (docilidad y utilidad) del hombre.

Desde esta perspectiva me interesa mirar cómo esas tecnologías disciplinarias actúan sobre el cuerpo, cómo lo construyen y cómo determinan una nueva manera de relacionarse con el cuerpo propio y con otros cuerpos, es decir, comprender cómo desde esos lugares de encierro y mediante procesos disciplinarios o de control se forma y se manipula el cuerpo.

Con la palabra cuerpo hago referencia a gestos, rostros, movimientos y lenguajes, a todos aquellos aspectos capaces de comunicarse y de resistirse. Porque éste debe ser entendido como esa manera de habitar el espacio, el cuerpo en relación con la angustia, el desasosiego, la

felicidad, el deseo, la pasión, el castigo y el silencio. El cuerpo es el lugar donde suceden las cosas y se han creado nuevos espacios de encierro tendientes a construirlo y/o restringirlo.

Trayendo de nuevo a mención el paisaje filosófico de la Isla Utópica, nos encontramos con una construcción del cuerpo desde la distribución milimétrica para el trabajo, para la alimentación y el descanso; un cuerpo moldeado para la óptima utilización del tiempo libre, pues es pensado bajo una perspectiva externa de producción. Los ciudadanos de utopía deben estudiar un saber específico u oficio que contribuya al progreso de la sociedad, sin que esto se lleve a cabo bajo condiciones de “obligatoriedad”, son cuerpos que tienen:

Poca libertar para holgazanear, cómo no pueden tener ninguna excusa ni pretexto para el ocio. No hay tabernas, ni cervecerías, ni lupanares, ni ninguna oportunidad de vicio o maldad, ningún rincón secreto ni lugares propios para los malos consejos o reuniones ilegales (MORO 2013, 102)

Recuerdo un personaje extraordinario de la obra *Fahrenheit 451*, Clarisse McClellan, siempre dispuesta a violentar cualquier regla establecida; ella gesticulaba su sentir; su rostro mostraba las huellas de un existir humano vinculado a la desobediencia, porque ella sentía, ella leía poesía y novelas, ella padecía a sus personajes; al igual que ellos, deseaba sentir las gotas de agua caer en su rostro mientras llovía.

Clarisse con sus movimientos descoordinados, con sus risas sonoras y sus interrogantes sobre la vida, desafía el esquema disciplinario establecido para preservar la paz. Un esquema de configuración de la existencia donde los libros están prohibidos y no pueden aparecer porque son peligrosos, porque enseñan a desear. Un ser humano que siente, que sufre, que es melancólico, que se molesta, que se enamora, se convierte en un peligro para el equilibrio social, por eso es necesario el “control de las menores partículas de la vida y del cuerpo” (M. FOUCAULT, 129)

Cuando descubrí a Clarisse me sentí como Guy Montag, personaje principal de la obra *Fahrenheit 451*, sorprendido, enceguecido por un sistema que ha gobernado sobre mi experiencia de cuerpo. En este personaje he aprendido a leerme y configurarme de acuerdo a sus lineamientos, determinando cómo vestirme, qué movimientos son adecuados; un sistema que enseña los gestos acordes a la ocasión, que hay que ser medidos con las palabras porque existen lenguajes inapropiados para ciertos espacios y me cuestiono cómo sin encontrarme en una distopía, mi cuerpo responde a la configuración realizada por alguien más. Entonces

descubro esos espacios imperceptibles, esos otros espacios del encierro, el espacio de la moda, del silencio, de la indiferencia, de la homogenización, espacios que encierran nuestro existir, espacios que Clarisse pudo enseñarme porque ella ha logrado burlarlos.

El cuerpo se convierte en “algo” que se fabrica de tal forma que no desentone con la perfección del paisaje, me pregunto qué reacción produciría un rostro impávido, inexpresivo y entristecido en medio del paisaje armonioso de la Isla Utópica, me pregunto por las reacciones que puede generar la aparente contradicción entre “belleza”- armonía física- y desasosiego existencial: *“Su rostro siguió totalmente inescrutable. ¡Nunca muestres desánimo! ¡Nunca muestres enfado! El más leve parpadeo podría delatarte... ¡Ahí teneís, camaradas! ¡Así es como quiero verlos hacerlo!”* eran las palabras que diariamente escuchaba Winston, extraño protagonista de la obra 1984 (ORWELL 2013, 44)

En la telepantalla decían“¡Grupo de treinta a cuarenta!-ladró una penetrante voz de mujer- ¡Grupo de treinta a cuarenta! Ocupad vuestro sitio, por favor. ¡De treinta a cuarenta!

Winston se puso en posición de firmes delante de la telepantalla, donde había aparecido ya la imagen de una joven escuálida pero musculosa, vestida con una blusa y unas zapatillas deportivas.

-¡Flexionad y extended los brazos!- dijo la voz seca- Contad conmigo. ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Vamos, camaradas, un poco más de entusiasmo! . ¡Uno, dos, tres, cuatro...! (...) Mientras extendía los brazos mecánicamente adelante y atrás, sin perder la expresión de alegría que se consideraba apropiada durante los Ejercicios Gimnásticos (ORWELL 2013, 41-42)

Para lograr esa nueva corporeidad que responda a los ideales utópicos es necesario recurrir a tecnologías de la disciplina, a mecanismos de control y formas de dominación a través de las cuales los hombres olviden o restrinjan y comiencen un habitar que ha sido pensado por el arquitecto de perfección del momento.

Recuerdo a Winston, cuyo rostro de desasosiego y no existencia marcaba el día a día; cada mirada, cada acción reflejan su muerte, la ausencia frente al existir. No existe nada más que la rutina, jamás pensada por él, jamás desea, pero que se convierte en su experiencia de sí mismo. Para él no es posible pensar, porque pensar se constituyen en el mayor delito, es el acto que desafía y pone en riesgo la estructura, pensar es lo impensable.

Y en caso de que lo olvide, está el ojo del gran hermano, siempre vigilante, siempre al acecho. Perseguidor e insistente, el gran hermano que todo lo observa, el gran hermano como el centro del panóptico, observa sin ser observado, es el Panóptico en su máxima expresión, el control total sobre la vida: *“Dormido o despierto, trabajando o comiendo, en casa o en la calle, en el baño o en la cama... no había escapatoria. Lo único que te pertenecía eran los pocos centímetros cúbicos del interior de tu cráneo”* (ORWELL 2013, 35)

Winston está en un lugar de encierro, en un lugar que trasciende las cárceles y los barrotes, su lugar de encierro es su propia existencia, así lo han decidido los líderes, así lo decidieron quienes gobiernan, él es preso de su propia existencia y no hay encierro más cruel y desgarrador que el de la vida misma.

Para este control se cuenta inicialmente con el panóptico:

“Espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo de escritura ininterrumpido une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido” (M. FOUCAULT, 229)

Se trata de una estructura física diseñada para observar sin ser observado, para vigilar y visibilizar. Sin embargo, con el paso del tiempo el panóptico sobrepasa las barreras físicas de una estructura carcelaria y adquiere carácter de visibilidad total a través de la mirada del otro:

“Y para ejercerse... debe apropiarse de instrumentos de una vigilancia permanente, exhaustiva, omnipresente, capaz de hacerlo todo visible, pero a condición de volverse ella misma invisible. Debe ser como una mirada sin rostro que trasforma todo el rostro social en un campo de percepción: millares de ojos por doquier, atenciones móviles y siempre en alerta” (M. FOUCAULT, 247)

Es así como la mirada, de los otros y la propia, se convierten en un mecanismo de control más eficiente y económico, desplazando la responsabilidad de la vigilancia de un solo vigilante a muchos.

En otras palabras, todos nos convertimos en vigilantes del otro. *“Visibilidad total en la cual la opinión de los otros, la mirada de los otros, el discurso de los otros, les impida obrar mal o hacer lo que es nocivo”* (M. FOUCAULT, El ojo del poder, 4); todos nos convertimos en vigilantes, en poseedores del derecho a interpelar acciones. La mirada no genera gastos, pero sí grandes controles, grandes restricciones de esos espacios intangibles, del espacio vital del otro.

Quien observa se convierte a la vez en juez que condena o absuelve; podemos leer las marcas del dolor, sentir cada herida como si fuera nuestra, esos rostros que comunican el dolor, el silencio, el temor, leer cada cicatriz, sus rezagos, al tiempo que podemos obviarlos, desaparecerlos, hacer que no ocupen un lugar de enunciación, que no tengan una palabra que pronunciar; podemos silenciarnos frente al dolor de la otredad.

Cuando olvidamos al otro, cuando no lo reconocemos, lo invisibilizamos. La existencia del otro deja de hacer parte de la nuestra, no nos interesa, nos repele, o en el peor de los casos, hemos decidido que no es importante; sus historias jamás serán las nuestras, están demasiado distantes para tocarnos y si alcanzan a hacerlo será a través de una caricia tan sutil que no tiene la fuerza para movilizarnos. Para vigilar contamos con tres miradas que pueden ayudarnos a hacerlo, la del gran hermano, la del otro y la de cada uno sobre sí mismo.

Empero, hemos llegado a otros espacios de encierro tan complejos, que en las relaciones de poder que nos atraviesan nos han invitado a deshacernos del panóptico, a no necesitar el ojo del gran hermano, ni siquiera se necesita de la mirada del otro, ya que cada individuo se ha convertido en el regulador de su propia existencia. Pero esto no obedece sólo a una decisión personal, ha sido producto de un poder pastoral que se ejerce sobre el alma, a través de la cual los mecanismos de dominación lograron ejercer tal fuerza. Tal poder que rige sobre sí mismo y sobre los otros, torna cada vez más confusa la resistencia, el arte de no ser gobernados.

Acaecimiento total de los seres humanos bajo el dominio de otros seres humanos, porque ya no es suficiente con asesinar o desaparecer, aparecen actos que buscan reducir a la mínima condición de humanidad, que no queden rezagos de existencia, que no se recuerde quién es, pero sobre todo que jamás se desee volver a ser, *“porque basta una mirada. Una mirada vigilante, y que cada uno, sintiéndola pesar sobre sí, termine por interiorizarla hasta el punto de vigilarse a sí mismo; cada uno ejercerá esta vigilancia sobre y contra sí mismo”* (M. FOUCAULT, 18), es

decir, el poder ya no se encuentra determinado por un soberano, gobernante o autoridad, es un poder ejercido por todos contra todos y de sí mismo contra sí mismo.

Ya no se necesitará de otros para que regulen, porque la autorregulación será el mejor control sobre el espacio de sí mismo, lo dice primo Levi al referirse a la experiencia de los sobrevivientes de los campos de concentración Nazi,

Ante el triste poder de evocación de esos sitios, cada uno de nosotros, los sobrevivientes, se comporta de manera distinta, pero se distinguen dos grandes categorías. Pertenecen a la primera categoría los que rehúsan regresar, o incluso hablar del tema; los que querrían olvidar pero no pueden, y viven atormentados por pesadillas; los que, al contrario, han olvidado, han extirpado todo y han vuelto a vivir a partir de cero. He notado que, en general, todos estos individuos fueron a parar al Lager «por desgracia», es decir sin un compromiso político preciso; para ellos el sufrimiento ha sido una experiencia traumática pero privada de significado y de enseñanza, como una calamidad o una enfermedad: el recuerdo es para ellos algo extraño, un cuerpo doloroso que se inmiscuyó en sus vidas, y han tratado (o aún tratan) de eliminarlo. (LEVI 2002, 104)

Por eso el silencio de quienes sobrevivieron a los campos de concentración muestra los límites claramente establecidos a su espacio de dolor, a sus huellas, a sus discursos; ya no se pueden pronunciar por las heridas que han sido muy profundas, y los barrotes materiales que los encarcelaron por muchos años ahora se han transformado en barrotes invisibles, mucho más potentes y peligrosos por quienes los encerraron y les ayudaron a construir su nueva cárcel, su espacio del silencio, restringiendo la experiencia del dolor al espacio privado.

Por todo lo anterior, quiero correr, huir antes que me atrapen, que me encierren en ese espacio intangible, invisible e imperceptible, es decir, en el espacio del encierro que se oculta en los paisajes utópicos; pero ya es tarde, ya recorrí sus calles, ya me deje tentar por la armonía, por la sincronización del actuar, la belleza de sus calles, por la majestuosidad de sus jardines. Me he dejado atrapar por la imagen de Utopía y por la realidad de mi cotidianidad. Me he dejado atrapar por la convencionalidad de los espacios y sus significaciones, por eso quiero descubrir y hablar de esos otros espacios:

El espacio en el que vivimos, que nos atrae hacia afuera de nosotros mismo, en el que se desarrolla precisamente la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo y de nuestra historia, este espacio que nos carcome y nos agrieta es en sí mismo también un espacio heterogéneo. Dicho de

otra manera, no vivimos en una esacio de espacio, en el interior del cual podrían situarse los individuos y las cosas. No vivimos en un vacío diversamente tornasolado, vivimos en un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles de los unos a los otros. (FOUCAULT 1967, 3)

Quiero pensar en esos lugares que trascienden el ámbito de lo físico, esos lugares de encierro que trascienden los guardias uniformados, las rutinas diarias de orden y sincronización, para aventurarme a visibilizar los nuevos lugares de encierro, esos que son más peligrosos, porque extrañamente no los vemos, pero sí los habitamos diariamente. Esos espacios que son diferentes, ausentes pero presentes, intangibles pero localizables; son “esos otros lugares” esos “lugares sin marcas geográficas”, es decir, esas heterotopías del existir.

No aludo sólo a un espacio físico en el caso del encierro, porque éste ya no es sólo aquel considerado una cárcel o socialmente aceptado como un espacio para ubicar a aquellos que Foucault denominaba ”anormales” o aquellos que quebrantan las normas, las leyes o los estándares sociales de “lo adecuado”.

Los lugares de encierro han cambiado, se han transformado en espacios físicos sin barrotes, pero que encierran la existencia misma, son los espacios de control, de la restricción, donde se coacciona la libertad, los pensamientos, los discursos y la existencias.

Los lugares de encierro tienen ahora barrotes invisibles, por eso son tan sutiles, por eso algunos no los perciben, algunos no los identifican y los confunden con la libertad. Espacios cerrados sobre sí mismo, espacios de encierro del dolor, como es el caso de las víctimas de la violencia en Colombia, el dolor se ha quedado encerrado en el interior de las víctimas y al mismo tiempo las encierra, así se puede controlar lo que se enuncia, lo que se expresa, lo que se recuerda.



Ellos han sido encerrados por el conflicto armado, por el dolor de las ausencias que comenzaron a tejerse el 21 de agosto de 1999 en el municipio de Gabarra. Cabe mencionar que más adelante estas fotografías serán relacionadas con el concepto de encierro.

Por eso quiero adherirme a la pregunta formulada por Consuelo Pabón (2010) ¿Qué pueden nuestros cuerpos aquí y ahora? Y formular otras inquietudes ¿Qué nos dicen los cuerpos que habitan en esos otros encierros? ¿Qué marcas están impresas en los cuerpos fruto del encierro? ¿Qué nos comunican? ¿Cómo nos comunican?

Esta lectura tiene un tinte personal, una mirada que quiere resistirse a las miradas distópicas y homogeneizadoras con las cuales he aprendido a observar al otro. Por eso quiero aventurarme a proponer otros encierros y, a partir de fotografías, hacer una lectura de los mecanismos de poder que los producen.

Para entender las imágenes no basta solamente con leer los signos y el registro que queda en el papel o en la pared donde son exhibidas, sino que es necesario interactuar con esos significados que le damos a lo que vemos ahí, *“porque la fotografía no es solo una imagen (...) también es un vestigio, un rastro directo de lo real, como una huella o una máscara mortuoria”* (SONTANG, 216).

Culturalmente estamos influenciados para ver las cosas de una manera, por ejemplo, al ver la imagen de lágrimas cayendo por un rostro, pensamos que esa persona está triste, es lo que se nos han enseñado, lágrimas igual a tristeza; empero, puede ser que sus lágrimas expresen otras sensaciones, otras afecciones.

Es así como culturalmente nuestra mirada va siendo construida y dirigida; de alguna manera sería una mirada distópica, que los mecanismos de poder van amoldando para hacerla más homogénea. Nuestra mirada se encuentra influenciada por regímenes escópicos. Aquí pienso en la teoría propuesta por Martín Jay (2013), en la cual se afirma que la lectura de las obras de arte por parte de espectador, es decir, la manera cómo éste las interpreta, sin duda están influenciadas por contextos individuales y culturales que determinan la visión que cada individuo tiene sobre los objetos, las personas o las situaciones.

SEGUNDO MOMENTO:**De los desamparados**

Cuerpos encerrados por discriminación.

¿Soy verde, azul, rojo? O tal vez, ¿blanco, negro? ¿Negro claro o negro oscuro? ¿Qué color me identifica?, ya no como en la época de los años 50 en Colombia para saber a qué partido político pertenezco, sino para saber en qué lugar del universo debo ubicarme, porque mi color de piel significa el lugar al que he sido asignado, porque si soy mulato no armonizo en ningún espacio digno, pero si soy negro mi herencia es de esclavos y si soy blanco pertenezco al lugar de la civilización; ¿En qué creo? ¿Qué fe profeso? ¿Creo en Cristo, Mahoma o Buda? ¿Mi almohada es compartida por una mujer o por un hombre? ¿Hacia dónde direcciono mis afectos?, preguntas todas de cuidadosa contestación, porque alguien puede oírme, porque alguien puede leerme y tal vez mi respuesta no sea la que esperan, quizá mi respuesta se convierta en mi cárcel, en mi encierro. El encierro desde la discriminación de raza, de credo o género.

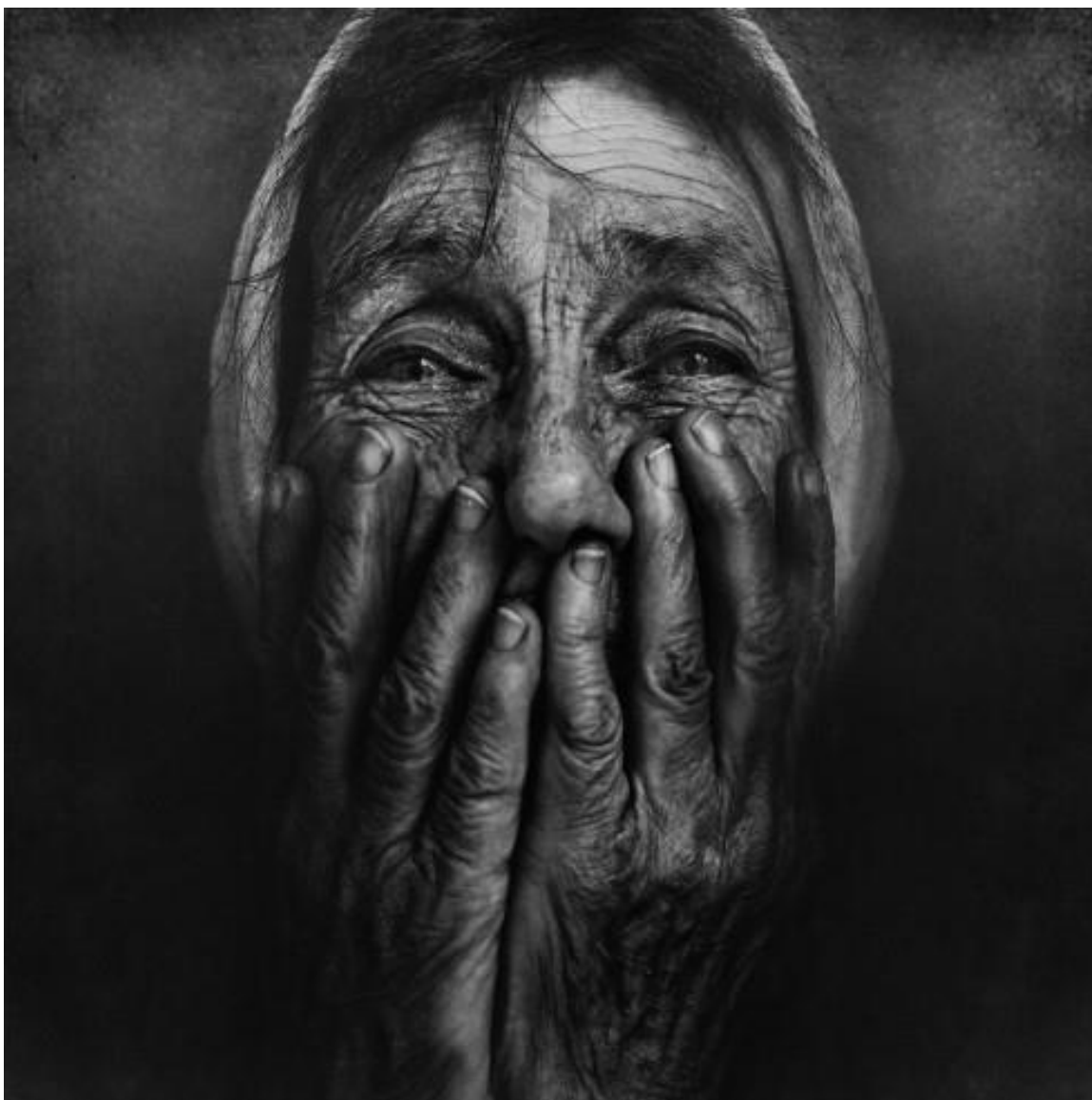
Cierro mis ojos tratando de recordar sucesos históricos que me permitan ejemplificar cómo las prácticas de discriminación se convierten en lugares de encierro para quienes son víctimas de ella, y de pronto comienzan a aparecer en mi mente innumerables imágenes de dos tragedias humanas donde las relaciones de poder se convierten en un tipo de discriminación que encerró a millones de personas: El exterminio nazi y la guerra civil de Ruanda.

Ahora sólo quiero mencionar el caso de la guerra civil de Ruanda, donde mediante prácticas discursivas de desprecio, fueron encerrados miles de miembros de la tribu Tutsi porque su color de piel no era tan oscura como la de los Hutu, porque sus rasgos físicos parecían demasiado finos, demasiado belgas para ser parte de Ruanda, porque los Tutsi hablaban diferente, vestían diferente, olían diferente, eran cuerpos diferentes, que no merecían llamarse a sí mismo ruandeses.

Su color de piel los encerró en sus casas, los obligó a huir y a negar su vida, porque era precisamente su vida la que alentaba el deseo de su muerte por parte de miembros de la tribu Hutu; el anhelo de exterminio de una raza, aniquilamiento masivo, desaparición total de la existencia Tutsi, y para quienes lograran sobrevivir quedará guardado en su memoria el recuerdo de lo sucedido como una forma de silenciamiento. En sus ojos preservaron las marcas que los convertiría en prisioneros de sí mismos.

En cuanto al género, las prácticas de discriminación se presentan porque esto de “*ser masculino o ser femenino son cuestiones internamente inestables. Están siempre acosadas por la ambivalencia cultural, precisamente porque toda identificación tiene un costo, la pérdida de otras identificaciones, la aproximación forzada a una norma que uno nunca elige, una norma que nos elige, pero que nosotros ocupamos, invertimos y resignificamos, puesto que la norma nunca logra identificarnos*” (BUTTLER, 1986), quien no se identifica, quien encuentra la clasificación restringida, es aislado, rechazado o segregado. Por eso es mejor dejar el género y las preferencias afectivas ocultas, limitadas al espacio íntimo, al espacio personal.

El trabajo “Desamparados”, es una propuesta de Lee Jeffries, fotógrafo Inglés, quien utiliza los colores blanco y negro para retratar a los desamparados. La interpretación sobre los rostros de estas fotografías está atravesada por el encierro que producen las prácticas de la discriminación vinculadas a aspectos como condición económica, color de piel y credo. Ellos son la representación de la calle, de los sin techo.



Manchester – August 24, 2010



London – April 15, 2011

Este es el rostro del encierro, de un encierro en las calles de Londres, de un hombre y una mujer que esperan, de un hombre cuya barba y cuyo cabello desordenado muestran el encierro de la discriminación porque él no tiene techo, porque él no tiene un lugar de ubicación, porque su habitar en el mundo no ocupa un espacio específico constituido y determinado por la sociedad como el sitio ideal para vivir.

Ellos han sido encerrados donde nadie los ve, donde sólo quienes comparten su condición de pobreza y desamparado pueden observarlos. Están encerrados en la existencia de las calles, de ese lugar abierto, de ese lugar que pertenece a todos, pero que al mismo tiempo no pertenece a nadie, porque no son sus poseedores, él no es su dueño, ella tampoco; él solo está ahí ocupando un sitio cualquiera, que jamás le pertenecerá, ese es su encierro, el de la discriminación por pobreza, producto de no tener, del desamparado, del que ha sido relegado.

Su rostros y sus miradas están encerrados en el lugar más abierto de todos, en el que todos transitamos, pero que muy pocos queremos habitar, ese es su espacio vital, su lugar de existencia, su lugar de ser.

¿Puede existir un lugar que encierre más que la calle? ¿Hay un encierro más grande que el espacio público? Ellos no pertenecen, no habitan; ambos se ocultan, su ropa los encierra, porque sus vestidos y sus manos muestran la suciedad de la calle, la imposibilidad del baño, de la limpieza, de la sanidad exigida a nivel social. Ellos no son susceptibles de una Biopolítica, ellos son *nadies*... Los encierran allá, en esa calle, bajo la inclemencia del frío, bajo la inclemencia de sol que los quema, del sol que ha modificado su piel, una piel que ya no se reconoce porque ha dejado de ser, porque es producto del encierro discriminatorio en una calle de Londres.



No name given. 5th Street, Downtown Miami, Fla. Feb. 4, 2012

¿Qué tiene mi color de piel, acaso no somos iguales? ¿Soy muy oscura para existir acá? ¿Soy demasiado opaca para que me vean? Sólo soy una mujer, una mujer que siente, una mujer que soñaba, una mujer que pensaba, que deseaba tener una vida distinta, pero quedé oculta en estas grandes calles de Londres. Todo cambió, mi rostro ya no es el mismo, mis manos han envejecido, mi esencia ha desaparecido, mi color de piel hizo que todos me observaran, que sus miradas me alejaran de la vida, de la cotidianidad, del estar en sociedad; mi color de piel fue suficiente para convertirse en mi cárcel, en mi encierro permanente, ¿acaso si hubiese sido verde o amarilla o blanca esto hubiera ocurrido? ¿Por qué? ¿Por qué mi color de piel tiene que ser mi encierro?

¿Dónde quedaron mis sueños, mis anhelos ahora que soy sólo el color de mi piel? No sé qué hacer, no sé a dónde dirigirme, mi mirada, mi rostro, mis manos, todo mi cuerpo muestra la desesperanza; ella está ahí a la espera de que algo llegue. Este cuerpo nos comunica el silencio, esa mirada que busca pero que no encuentra, porque no sabe lo que está buscando, su rostro, sus manos y sus gestos reflejan la quietud permanente frente a la vida, porque esta se encerró, y sólo se encerró por un motivo, por un color que pudo ser cualquiera, pero que fue negro, en una sociedad de otro color, en una sociedad donde se mira de acuerdo a la gama, de acuerdo a la paleta de colores que se ha establecido por los sistemas de purificación de la raza; por eso su piel se ha convertido en su encierro, y al mismo tiempo se convirtió en su única forma de sobrevivir.



Rome - June 8, 2008

La imagen Rome, nos permite leer a través de dos manos que se conectan en forma de oración, el encierro al que ha sido conducida esta desamparada, un encierro producto de las prácticas de discriminación por credo; la encierran sus oraciones, sus súplicas, sus creencias. Ella aprendió a pedir a Dios, porque la fe en los hombres no fue suficiente, ellos le fallaron, la relegaron al lugar de los desamparados. Ya no levanta su mirada porque no encuentra en la sociedad consuelo para su desasosiego. Ahora sólo le queda orar, invocar una presencia divina que la ayude a soportar su encierro.

Su Dios es ahora la única compañía posible y el único espacio de libertad que logra albergar, a sus oraciones nadie puede llegar, su fe ya no puede ser entorpecida ni cuestionada, ahora es todo lo que queda. El único tesoro que conserva es la devoción en que a pesar de estar encerrada porque la sociedad discriminatoriamente así lo ha decidido, sus diálogos y su trascendencia le pertenecen y hacen parte de su cárcel de barrotes invisibles.

TERCER MOMENTO:**De los estereotipados**

Cuerpos encerrados por estereotipos.

La sociedad moderna desde diferentes instituciones (familia, escuela, iglesia) establece signos para “*hacer naturales algunas características físicas de las personas*” (OSPINA, 2014); es decir, diseña y promueve moldes que expresen la personificación de una sociedad. Cada uno de estos estereotipos cumple con una doble función: por un lado mostrar aquello que para algunos es considerado valioso o importante; por otro lado, ocultar características, formas de actuar o de comunicar que puedan resultar ideales o peligrosas en términos de la normalización. De esta forma se estipulan características que deben compartir un grupo de personas.

El dominio, la conciencia de su cuerpo no ha podido ser adquirida más que por el efecto de la ocupación del cuerpo por el poder: por la gimnasia, los ejercicios, el desarrollo muscular, la desnudez, la exaltación del cuerpo del cuerpo bello... todo está en la línea que conduce al deseo del propio cuerpo mediante un trabajo insistente, obstinado, meticoloso que el poder ha ejercido sobre el cuerpo. (M. FOUCAULT, 104)

Mediante la aceptación de un patrón o molde por parte de una población, se establece indirectamente una categorización de los individuos de acuerdo a características previamente establecidas del cuerpo individual.

Ya desde la antigua Grecia, se observaban rasgos de cuerpos estereotipados basados en la simetría y la proporción, de tal manera que los cuerpos eran educados para alcanzar el ideal de perfecta armonía propia de los guerreros, atletas y gimnastas; mientras que los demás cuerpos, aquellos que no cumplían con la divina proporción eran categorizados, como infrahumanos o bárbaros.

En la edad media se cambian los estereotipos vinculados al cuerpo; dada la aparición de la moral cristiana, se promueve el recato y la necesidad de pudor frente al cuerpo, este debe ser cubierto, se prohíbe la desnudez en público. Al mismo tiempo, los rostros deben mostrarse límpidos, porque el maquillaje es para los cuerpos de vida lujuriosa.

Se podrían citar muchos más casos de los diferentes estereotipos del cuerpo, pero mi interés está en mostrar algunos estereotipos contemporáneos que se han convertido en un lugar

de encierro para el cuerpo: mujer perfecta y hombre atlético, que no son las mejores opciones en términos de condición de humanidad para quienes no cuadran en el molde establecido. Tal es el caso de personas con malformaciones genéticas, con marcas en el cuerpo y alteraciones físicas.

Nos encontramos frente al molde de cuerpos musculosos y definidos, cuerpos a los que el efecto de la gravedad no los toca; sonrisas permanentes, rostros inexpresivos, donde las líneas de expresión deben desaparecer porque éstas no comunican más que la edad; rostros eternamente jóvenes: imperceptibilidad y ocultamiento de las huella del tiempo.

Quien no cuadra y no se identifica con esta sociedad tiende a ser aislado, alejado del lugar de lo público, debe ser ocultado, excluido. Acción que es lograda gracias a las miradas acusadoras, a la estigmatización de estereotipos perfectos de lo que buscan algunas sociedades. Quien no cumple con estas características se convierte en un no ser, en una presencia permanente sólo para sí mismo, en un recordatorio de que no es parte de algo, y en una ausencia de su presencia en la sociedad, en un constante recordar qué es lo que muchos quieren que no sea, que no exista. Un *no es* para la sociedad y un *es* para sí mismo que resulta una carga bastante pesada de llevar.

Los estereotipos son una de esas otras formas de encierro para el cuerpo, porque lo obliga a ser algo que no necesariamente se quiere, y quienes se resisten son conducidos a la distancia, al olvido y al encierro de su cuerpo en la inscripción: *“no eres parte de lo que buscamos”*.

El trabajo fotográfico de Cindy Sherman, permite identificar cómo los cuerpos se encuentran en un encierro generado por el consumismo, donde las emociones y la vida de las personas son manejadas por tecnologías de sí mismos que pretenden normalizarlos.



Gallery 2 Untitled Film Still #3. 1977

Ella está encerrada en el estereotipo de mujer perfecta ama de casa; la ha encerrado la sociedad que le enseñó día a día que su función es estar hermosa y servir en su hogar. A ella la han encerrado los utensilios de aseo, su lavadora; la encerró ese delantal que dice que su función es la pulcritud. A ella la encierra el estereotipo más fuerte de todos, el ideal de mujer perfecta. Pero un ideal que convoca a una mujer para el hogar, que no se queja, porque su función es mantener todo en su sitio, encontrar un lugar a cada cosa; ella es la que estructura la vida de la familia, gesta su destino, pero no tiene las riendas de éste, porque las rienda han sido impuestas por estereotipos, por versiones hegemónicas sobre cómo debe ser una mujer; ella es una mujer utópica y ese es su encierro.



Gallery 7, Untitled #216. 1989



Gallery 7, Untitled #205, 1989

Las madres, cuerpos pensados para albergar y moldes diseñados para acoger. Sus senos sólo dispuestos para la alimentación, no son deseo y ni son lujuria, son alimento. Sus cuerpos han sido moldeados socialmente para un sólo fin: reproducción. La maternidad no es su encierro, es el límite impuesto a su ser. La dama de traje color mostaza y velo azul está encerrada en el prototipo tradicional de mujer sólo madre, sólo albergue, sólo alimento, sólo acogimiento.

Mientras que el hombre (foto Gallery 7 / 2005) se encuentra encerrado en un cuerpo que no siente suyo, en un rol de masculinidad que le resulta desconocido; él también quiere acoger, él también desea alimentar pero no puede, la sociedad se lo impide porque su cuerpo no es para la maternidad, su cuerpo estereotipado en el rol de lo masculino no se concibe para albergar una vida; él debe ser otra cosa, cualquiera que sea, pero no una madre. Por eso su cuerpo está encerrado, por eso necesita esconder su cuerpo tras maquillaje profundo y artificios físicos que le permitan aunque sea sólo una vez, mostrar su verdadero sentir.

No conocemos su esencia real, porque los estereotipos de masculinidad y los roles asignados a cada personas nos impiden ver con lentes de claridad y alteridad lo que representa este cuerpo que no encaja en ninguno de los moldes para los cuales fue diseñado, especialmente para el rol de hombre.



Gallery 7, Untitled #355. 2000

El maquillaje oculta su rostro, su esencia, su ser. Ella no encaja en los estándares establecidos por la sociedad, porque su feminidad no es lineal, por eso ha sido encerrada, hasta que su cuerpo y su postura correspondan a las establecidas. Su encierro responde a la imperfección de sus esquemas físicos, de su blusa rosada que reviste su cuerpo.

El ser, el alma, el espíritu condensado en un cuerpo que lo ata a un estereotipo social, un molde que obliga al ser humano a seguir un lineamiento en el que la corporeidad logra enclaustrar el verdadero sentir. La sinceridad del alma y su necesidad de expresarse se ven atadas por un soporte que materializa y transmuta la manera de evocar sentimientos, cohibe la esencia más elemental pero importante del sentir: ser feliz.

El molde adecúa la mente del ser logrando detenerlo en el tiempo, buscando el beneficio temporal que ofrece la vanidad, el deseo y la lujuria. Su cuerpo transmite esa sensación de dolor, esa necesidad de permanecer “perfectamente” elaborada, adecuada y construida para los demás, no para su propio ser, si no para un “alguien” que se aferra a la imagen y a la sensación física que esta puede generar; ese “alguien” no conocen su interior, no sabe que sufre; sólo ella comprende las necesidades que su alma busca solventar. La vanidad y la exigencia de belleza propuesta por algunos estereotipos femeninos, se convierten en un encierro para su cuerpo.



Gallery 1, Untitled #264, 1992

En ésta fotografía, Sherman permite, desde su técnica performativa, ver el encierro fruto del cuerpo como objeto de transformación. De lo que no se *es* y se espera ser por las presiones de un dispositivo invisible instaurado como chip en las personas; una idea oculta influenciada por el consumismo y la necesidad de belleza quebrantada y malformada. Estereotipos de mujeres cosificadas cuya función es el placer, son las dadoras de placer físico. Las miradas están dirigidas a su cuerpo, a incitar, a provocar el poder libidinal.

Es el encierro fruto de un cuerpo sexuado y cosificado, que como juguete se toma o se deja, y que como arcilla se moldea y se debe transformar con un solo propósito, mejorarlo a cualquier costo sin importar que se piense o se sienta, ya que su función está vinculada al mundo de lo dionisiaco.

Pero necesita una máscara, debe cubrirse, porque contradictoriamente, aunque la sociedad le ha enseñado que su cuerpo se puede cosificar, esta misma sociedad crea un estigma que la obliga a cubrirse, a encerrarse; en otras palabras, la sociedad crea un estereotipo de mujer cosificada que la encierra en un cuerpo para la lujuria, pero al mismo tiempo esa sociedad, rechaza ese estereotipo de mujer y la obliga de nuevo a reforzar su encierro, porque nos han enseñado que *“en el fondo de todo placer está el sexo, y que la naturaleza del sexo requiere que se dirija y se limite a la procreación”* (M. FOUCAULT, 160)

Estereotipos que impiden el reconocimiento del otro desde su esencia más profunda como ser humano, porque tienen un sólo propósito, un cuerpo que no piense, como un autómatas consumidor de lo presentado por el mecanismo imperante en determinado momento, que juegan con el sentido de las persona que están inmersas sin importar más que sus propios propósitos. En síntesis, el cuerpo que aquí habita, es un cuerpo que se distancia de su condición de lo humano y se ve reflejado en el encierro cosificado de éste.



Gallery, 2 Untitled #299. 1994

La imagen transmite la preocupación y el encierro que vive la mujer en su estilo de vida lujurioso y atado al prototipo físico de mujer deseada. Todos los detalles en su cuerpo e incluso su vestimenta permiten analizar con más profundidad un estado en el que su ser se encuentra encerrado por su propio cuerpo; un espíritu que pretende salir pero que su situación corpórea no lo permite, pues está encasillado en un mundo en el que debe verse delgado y esbelto para lograr ser reconocido en una sociedad consumista, una sociedad que se sumerge con mayor intensidad en los aspectos físicos de los seres que la conforman, sus cuerpos.

Su disposición corporal permite hacer lectura del poder libidinal que gobierna al ser humano; sus piernas dejan que el capitalismo las penetre cayendo en el juego monetario que domina en gran parte de las mujeres de esta época.

CUARTO MOMENTO:

De los victimizados

El conflicto un encierro contextual

Cuando la guerra marca un cuerpo sea a través de la desaparición, la muerte o la amenaza, desde ese instante el cuerpo deja de ser quien era y entra performativamente en otra condición. (Consuelo Pabón)

Colombia ha vivido por más de 50 años un conflicto armado interno que deja a su paso desapariciones forzadas, desplazamientos, violación a los derechos humanos, crímenes de lesa humanidad; pero esto no es todo. En el fondo de estas situaciones comienzan a emerger las víctimas y todas las heridas que se produjeron no sólo en el cuerpo, sino principalmente en la vida misma. Esta situación contextual promueve un encierro en quienes se han visto afectados, vinculado al dolor, el miedo, la desesperanza y las ausencias siempre presentes.

La propuesta *Padre, Hijo y Espíritu Armado* del fotógrafo Álvaro Cardona Alvarado y *A Pura Sangre* de la fotógrafa caleña Erika Diettes serán los últimos referentes para hacer lectura de otros encierros del cuerpo. En el caso de Cardona, su trabajo fotográfico nace del sentir despertado en él a partir un recorrido por el Catatumbo, Norte de Santander.

Allí donde yacen las ausencias fruto de la guerra y del dolor que llegó a la región el 29 de mayo de 1999 con el arribo del paramilitarismo. La violencia paramilitar dejó más de 10.000 muertos, 600 desaparecidos, más de 100 desplazados y miles de personas silenciadas. A través de la serie de fotografías sobre la Gabarra, se retrata la historia de tres familias, tres cuerpos que guardan en sus memorias rasgadas por la violencia, un encierro que nunca acaba; la tristeza como perseguidora constante a quienes una situación contextual de conflicto armado los llevó a vivir la desaparición forzada de alguno de sus seres queridos.

Acercarnos a un cuerpo fragmentado por medio del trabajo del Cardona es hacer lectura del encierro contextual mediante la ruptura de dos vidas, la que está presente y tangible, y la que está ausente pero siempre presente a través de los recuerdos; en cada imagen se intenta conjugar un solo cuerpo: la ausencia y la presencia.

Imágenes fragmentadas que no permiten liberar las cadenas del existir; un encierro que no posibilita al otro continuar su vida, deteniéndolo en el tiempo y en el espacio, como si fuese una película pausada. Las huellas que reflejan los cuerpos de las fotografías son vestigios de un encierro social mediado por un conflicto armado en donde no importa quienes queden en medio; las víctimas sufren el aislamiento y el distanciamiento entre dos bandos que pretenden el poder sin importar las consecuencias, obligando a esos cuerpos a vivir un encierro del cual es muy difícil salir



*Cardona Gómez Álvaro, Esposa
"Padre, Hijo y Espíritu Armado"*

La imagen “Esposa” permite leer el encierro que vive una mujer. Ella ha sido encerrada porque un día cualquiera al calor de su hogar, de su vida, llegaron algunos hombre para cambiar su historia; ellos desaparecieron a su esposo y a su paso se llevaron la libertad de esta mujer, la obligaron a permanecer encerrada en un pasado que no le permite proyectar más que un pensamiento: él.

La imagen de su esposo se convirtió en un recuerdo que aqueja diariamente su existencia, por eso ella está detrás, oculta y fragmentada, ahora sólo siente una parte de su ser; la han fragmentado, él es su complemento, pero no está; entonces decide que de nuevo él debe hacer parte de su vida, por eso está ahí sobrepuesto y complementando. Ellos son un *uno* desgarrado, se complementan y se sostienen. Mientras que ella continúa allí, encerrada en los recuerdos de sus ausencias, reviviendo cada instante de ese día, padeciéndolo y anhelando no haberlo vivido; sintiendo y reflejando la ruptura profunda que la acompaña y que será por causa de una situación contextual su encierro más doloroso.



*Cardona Gómez Álvaro, Madre
"Padre, Hijo y Espíritu Armado"*

Madre: unas manos deterioradas por el pasar de los años sostienen el fragmento rasgado que representa la imagen de aquel ser querido que aún no regresa, porque ella se resiste a perderlo. Es un encierro como pocos, pues es el encierro en el recuerdo latente del afecto que tiene una madre hacia su hijo.

Este es el rostro de la pérdida, del miedo; un rostro que se oculta, pero que sólo se visualiza para mostrar el encierro permanente en el que se encuentra, ya que él es la ausencia siempre presente. Ella existe, así lo han querido y así ella lo ha decidido. Sus manos reflejan la juventud que ha marchado, pero a su vez, expresan la fuerza capaz de resistir al olvido y el temor. Sus manos se resisten a las amenazas, representan con firmeza el rostro de su hijo, imagen que la complementa.

Es un rostro que intenta resistir a esos lugares de encierro que el miedo provoca; su ceño fruncido se pronuncia inconforme frente a la desaparición, y sus manos adultas, fuertes resistentes, nos convocan a sostener, a no ocultar, a visibilizar. Sin embargo, toda su fuerza es manifiesta en el encierro de la espera y del silencio al cual ha sido obligada por el conflicto interno armado en Colombia.



*Cardona Gómez Álvaro, Hermano
"Padre, Hijo y Espíritu Armado"*

El hermano: aquel cómplice de pilatunas pueriles que se ve fragmentado frente a ese ser que jamás regresó, un rostro desdibujado, con una sonrisa silenciada, que da paso al encierro por parte de una sociedad indiferente, desinteresada frente al sufrimiento de los demás; distanciada de la otredad. Atrapado por los recuerdos de algún día ser grandes y no poder compartirlo con Tulio Rodríguez Contreras, su hermano. El conflicto armado lo encerró en el anhelo permanente de volver por un instante a sentir la alegría que despertaban sus juegos de infancia.



A punta de sangre. Plaza de Bolívar, Bogotá, 2009.

Esta foto de Erika Diettes representa varios momentos del encierro contextual, ahí está el rostro de la madre que observa con tristeza, observa lo que no hay. La segunda imagen es un reflejo de lo que quedó, un cuerpo que está ausente, lo único que le pertenece es un trozo de tela y esa madre observa con desconsuelo, con tristeza, cómo el río se llevó ese cuerpo. Entonces tiene que encerrar su dolor, porque hay un buitre que la mira constantemente, que le dice que se silencie, que no hable, pues él fue el culpable de la desaparición de ese cuerpo.

El buitre es un simbolismo que no hace referencia sólo al animal, es algo más poderoso, la representación de los grupos armados, al margen de la ley, que aún delinquen, de los acusadores, de los asesinos, de quienes pudieron desaparecer el cuerpo y no sólo desde el alimento como carroñero, sino desde el actor intelectual y material de dicha desaparición.

El rostro de esta madre muestra el encierro de ese dolor, el conflicto es el causante, y la ha llevado a que no se pronuncie porque jamás dejan de observarla y para eso está el ojo que vigila. ¿Pronunciarse frente a qué? si lo único que queda es un pedazo de tela; no hay un cuerpo que mostrar, no hay un cuerpo a quien llorar; entonces las lágrimas se guardan para cuando ese cuerpo aparezca, hasta entonces estará encerrada.

REFLEXIÓN FINAL:

**Caminamos en la penumbra por los lugares del encierro de los desamparados,
los estereotipados y los victimizados.**

Gran parte de mi vida transitó por paisajes utópicos y distópicos sin tan siquiera saber que lo hacía; cada una de las construcciones hegemónicas en las que me movía las comprendía simplemente como una situación normal de mi diario vivir, pero la Maestría y especialmente la línea *Jóvenes, Culturas y Poderes*, me permitió comprender que debemos cambiar los lentes con los que leemos nuestra realidad. Debemos aprender a observar aquellos espacios capilares del poder que se ocultan tras grandes mecanismos disciplinarios. Aprendí que el poder no es sólo una palabra vinculada a la vida, sino una forma de relación que transversaliza nuestro existir. Y fue por esas inquietudes que plasmaron en mí a lo largo de todos los encuentros académicos, que descubrí una mirada distópica, aventurándome a pensar esos otros espacios, otros encierros que no siempre podemos ver, pero que siempre han estado acompañando nuestra existencia.

Paisajes utópicos y distópicos, cuerpos que se construyen, relaciones de poder y mecanismos de disciplinarización, fueron sólo una excusa para intentar abrir mis ojos, aun cuando se sentían irritados por la luz de una nueva mirada, para pensar esos otros encierros del cuerpo: *los desamparados, los estereotipados y los victimizados*, barrotes invisibles, pero igualmente formas de encierro.

Encuentro cómo desaparece el cuerpo en esas texturas precedentes que lo han configurado, porque somos cuerpos diseñados que se niegan a seguir las pautas que le han sido impuestas. Rostros de la belleza y la perfección, rostros que siempre sonrían, complacientes frente a la realidad, sin huellas, sin marcas, capaces de ocultar lo humano, son cuerpos con un “*comportamiento estereotipado y homogenizado*” (Pabón). Son productos, de otros, ya no de los dioses a su imagen y semejanza, ya no de la modernidad que los visualizaba como máquinas útiles y dóciles; ahora son cuerpos normalizados por mecanismos de control que no les permiten autoconstruirse.

El cuerpo responde ahora a una visión masificadora. Si pensamos en la construcción de masculinidades, nos encontramos con el surgimiento de otras masculinidades vinculadas al amor, la capacidad de dialogar y de expresar sentimientos, que habían estado relegadas o en lugares de encierro que les recordaban permanentemente que no podían emerger al espacio público, porque a los hombres, no les está permitido expresar sentimientos, porque no les está permitido llorar por los hijos que la guerra les ha arrebatado, por las hijas que la guerra ha violado, ni por las madres que día a día mueren ante el recuerdo permanente de las ausencias. De esta forma, la

configuración de la corporeidad masculina, en sus estándares, olvida a los hombres que padecen la pérdida.

Finalmente quiero mostrar el encierro como una forma de reclusión de sí mismos, un estado de aislamiento total. Es el auto-encierro agenciado por otros mecanismos de poder, pero cuyo único objetivo es encarcelar la experiencia de sí; diferente a lo que hemos visto con los otros encierros donde los ojos vigilantes y discriminatorios o donde el contexto han hecho de la vida humana una cárcel intangible.

Ojos inexpresivos, distancias abismales entre los hombres, encierros que limitan la cercanía, las relaciones, las conexiones; pero sólo existe una relación posible y es consigo mismo, la alteridad no es permitida y los otros son solo eso, otros; es un espacio vital diseñado para un solo individuo, un espacio vital construido por un arquitecto ingenioso, el ingeniero es cada uno, un constructor de su propia vida, pero de una vida de encierro, de un estado casi utópico de perfección, donde todo funciona porque es pensado desde y para sí mismo. Es quizá uno de los encierros menos estudiados, porque nadie diferente a sí mismo lo obliga. ¿Autonomía? ¿Libertad? ¿Miedo a vivir? ¿Encierro por desencanto? Respuestas que sólo quien ha decidido encerrarse puede entregar.

Vida y muerte unidas en una sola decisión: estar encerrados en la propia existencia. Vida en tanto el cuerpo está ahí, presente físicamente, tangible, visible, palpable; es un cuerpo que experimenta, que siente, que desea, que existe. Pero al mismo tiempo es un cuerpo que perece, que desaparece, que muere porque no hay relaciones, porque el otro se invisibiliza de la esfera existencial, la otredad es sólo una parte del exterior, a la cual no se quiere pertenecer. Son cuerpos cuyas marcas a veces no comprendemos, porque rara vez las hemos observado, no las conocemos y no sabemos leerlas, son prácticas de sí que derivan en estos otros encierros.

Este es un encierro diferente porque es más íntimo; trata de un momento imperceptible del diario vivir donde las personas deciden silenciarse, huir a la intimidad de sus espacios y corren siempre en dirección hacia sí mismos.

Faber, hombre de 40 años, profesor de literatura decidió encerrarse, silenciarse, porque ya nada lo motivaba, porque sus estudiantes ya no están, porque su pasión se ha ido, porque la vida ya no es como antes, porque los libros son un pecado del que no quiere hablar; Faber

personaje ficticio de la obra Fahrenheit 451, ha decidido su propio encierro. No quiere ser condenado, no quiere hacer parte del sistema, no quiere la vida que se le ha propuesto ni la que tiene, entonces opta por el encierro, es la decisión que lo hace más feliz que la libertad restringida que se vive fuera de casa.

BIBLIOGRAFÍA

- BUTTLER, Judith. «Género en llamas.» En *Cuerpos que importan*, de Judith Butler, 179-206. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002.
- FOUCAULT, Michael. «De los espacios otros.» *De los espacios otros*. Francia: Architecture, Mouvement, 1967. 10.
- FOUCAULT, Michael. «El ojo del poder.» En *El Panóptico*, de Michael FOUCAULT, 9-28. Madrid: Ediciones la Piqueta, 1979.
- FOUCAULT, Michael. «Las relaciones de poder penetran en los cuerpos.» En *Microfísica del Poder*, de Michael FOUCAULT, 153-162. España: Ediciones de la Piqueta, 1979.
- FOUCAULT, MICHAEL. «Poder y cuerpo.» En *Microfísica del poder*, de MICHAEL FOUCAULT, 103-111. España: Ediciones de la Piqueta, 1979.
- FOUCAULT, Michael. *Vigilar y Castigar*. Argentina: Siglo XXI Editores, 1976.
- LEVI, Primo. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik Editores, 2002.
- MORO, Tomás. *UTOPIA*. Bogotá: Panamericana, 2013.
- ORWELL, George. *1984*. Bogotá: Editorial de Bolsillo, 2013.
- BRADBURY, Ray. *Fahrenheit 451*. Bogotá: Editorial de Bolsillo, 2006
- HUXELEY, Aldous. *Un mundo feliz*. Bogotá: Editorial de Bolsillo, 2008